

## ELOY G. GONZÁLEZ

Tema: "Grandeza de los Libertadores"

16 de mayo de 1909

En el mes de junio de 1857, León Gambetta, para entonces joven de diecinueve años, escribía a su padre:

"Nuestras ideas son hijas del pasado doloroso, y están preñadas del porvenir progresivo."<sup>1</sup>

Y en una expresión más ceñidamente científica, nuestro Arcaya escribió en febrero de 1906:

"Creemos con el doctor Le Bon (*Lois psicológicas de l'évolution des peuples*) que detrás de las instituciones, las artes, las creencias y los trastornos políticos de cada pueblo se encuentran determinados caracteres morales e intelectuales, de los que deriva su evolución y que constituyen el alma nacional, por lo menos la base inconsciente del espíritu popular, formada por el lento depósito de los sentimientos que dejaron en herencia las generaciones extinguidas.

"En esas regiones inconscientes del alma, en esos rincones tenebrosos, se agitan en silencio los muertos. ¡Cuántas revoluciones, cuya explicación se busca en las pasiones fugaces, en la voluntad frágil de los vivos, son obra de los muertos silenciosos, es decir, de los instintos hereditarios de la raza!"...<sup>2</sup>

La Academia me impone el deber<sup>3</sup> de leer un discurso sobre un punto de la Historia patria o de América; y, dócil al precepto reglamentario, satisfago de consuno un vehemente deseo de Patria.

Hay, en la historia nacional, un punto de aplicación fecunda: pedir a las cenizas de nuestros muertos un poco de la grandeza por la dignidad, un poco del honor por la gloria, con que ellos desecaron la tierra ensangrentada de la República.

Venid conmigo al panteón que dentro de nosotros mismos llevamos, a interrogar piadosamente, como Edipo guiado por Antígona, los manes de los abuelos yacentes; y dejemos señalado cuál es nuestro propósito de que, con los gestos, con las actitudes, con las palabras de los eximios que fueron, se escriba para las generaciones el breviario del patriotismo, del honor eminente, de la gloria insospechable, que en las albas de la vida, cuando el niño balbucea las primeras enseñanzas, murmure también las primeras plegarias de la excelencia. Esta obra habría sido complaciente a la discreta caridad del obrero intelectual a quien vengo a suceder en el seno de los académicos de Venezuela.

### EL LIBERTADOR

Yo he mostrado, de pie como lo incorporó Tenerani en su sepulcro, a ese inmenso muerto que bien pronto no cabrá en la historia americana y habrá que trashumarlo a la historia universal. Lo he mostrado soberbio de gallardía guerrera, guiando su ejército; y he hecho desfilar el ejército suyo, "que parece un largo raudal de gloria, que va

---

<sup>1</sup> *Nouvelle Revue*, 1<sup>er</sup> janvier 1907.

<sup>2</sup> *El Cojo Ilustrado*, 15 de febrero de 1906, *La evolución política de Venezuela*, Introducción.

<sup>3</sup> Estatutos de la Academia Nacional de la Historia, art. 20.

cantando, por el dorso del continente, un lejano himno triunfal; fúlgido de acero y oro, de púrpura y grana; paramentado con nombres victoriosos en los cuales detona la epopeya: *Rifles, Guías de Apure, Húsares de Colombia, Granaderos a caballo...* Amplios e hinchados de orgullo los pechos sobre cuyas combas tintinan cruces egregias, estampadas con la alta divisa en relieve: *Libertadores de Colombia...* Fogosos e indomables los corceles de petral poderoso, que han sido cazados por los centauros de Apure, en una batida salvaje de la pampa. Trajeada de azul, volteada de encarnado, botonada de oro, calzada de botín la infantería de línea; ceñida de chaqueta prusiana la tropa ligera; señalados con granadas al collarín los artilleros y con dos castillos la ingeniería; enredados en alamares de seda los dormanes de los dragones, húsares y coraceros... Y el Ejército Libertador ha desfilado, manchando de escarlata los albos flancos de la cordillera; ha flameado en las cumbres, azul y rojo, como un jirón de cielo ensangrentado, y chispeado entre la noche de las hondonadas, como un collar de diamantes sacudidos".<sup>4</sup>

Yo he advertido cómo, camino de Ayacucho, va resonando todavía, con breves intervalos de silencio, la voz colérica y despiadada de aquel hombre, que se ve obligado a sostener un combate incomparable con la naturaleza del país peruano y con la índole de sus propios compañeros. A la vera de aquel egregio camino, caprichoso para la impericia, que va trazando la estrategia fulgurante del Mariscal, rumbo a los declives de Quinua, va oyéndose el sordo retumbo de las descargas expiatorias, sin las cuales no llegan al campo de la acción sino desatentadas mesnadas turbulentas.<sup>5</sup>

Yo lo he presentado profundamente instruido de su medio y de sus hombres, diciendo a los legisladores de 1819: "Haced primero robusto el espíritu de nuestros débiles conciudadanos, no sea que llegue un día en que tomen la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, y la venganza por la justicia".<sup>6</sup>

Yo lo he mostrado ordenando y llevando a efecto los primeros trabajos de la apertura del Canal de Panamá, en enero del año 22.<sup>7</sup>

Y púestolo alto como era él en la admiración del mundo, comparado por Víctor Hugo a Scipión; elegido por la familia de Napoleón para enviarle como Edecán al hijo de Murat; solicitado para amigo por el poderoso Canning, que gobierna la Inglaterra; solicitado por Humboldt, que le recuerda su conocimiento en Europa como un honor; agasajado por Bentham, que le dedica sus libros; protector de Lancaster, que funda una escuela en Caracas bajo sus auspicios; regalado por la familia de Washington, que le envía "las reliquias venerandas del Hijo Primogénito del Nuevo Mundo"; defendido ruidosamente, frente a toda la Europa reaccionaria, por el Arzobispo de Malinas; conceptuado por el Conde de las Cases como "el único digno de recibir el *Memorial* de Santa Elena"; proclamado primer ciudadano del mundo por los oficiales de Rochambeau, Alejandro y Teodoro y Carlos de Lameth; obsequiado por Lord Wilson, compañero de Wellington, con el presente de un hijo ilustre, para que le sirva de Edecán; ensalzado estusiastamente por el poderoso O'Connell; impetrado el honor de su mando por oficiales de Murat y de Ney, como Desmenard; y, cuando calumniado y perseguido, invitado al techo y al hogar de los veteranos de Marengo y Austerlitz, como De Laly y Leleux.<sup>8</sup> Caballero y paladín, hablando y escribiendo a las mujeres de la América y a sus admiradoras de París, con la entonación galantísima de los salones de Luis XV; instruido en matemáticas, en lenguas, en clásicos antiguos y modernos, en metafísica, en historia y en jurisprudencia; lector de Helvecio, de Hobbes, de Spinoza,

---

<sup>4</sup> *Al margen de la Epopeya*, pág. 59

<sup>5</sup> *El cautiverio y la sangría*, pág. 92

<sup>6</sup> *Id.*, 112

<sup>7</sup> *Id.*, 124

<sup>8</sup> *Id.*, 239

de Montesquieu y de Rousseau; hablando francés e italiano con los sabios, con los viajeros y con los enviados a la América; parlando inglés con los edecanes, los oficiales y los generales que tiene bajo sus órdenes, O'Leary, O'Connor, Rook, los generales Mac-Gregor y Müller.<sup>9</sup>

Presentado en suma, levantándose desde las miserias ordinarias de la humanidad, hasta los vértices, a las veces tormentosos, a las veces serenos de una titánica virilidad; creciendo dentro de un ambiente de feminilidad, en el regazo de una casta social indolente y sibarítica; prometiendo defraudar, como un degenerado precoz, la ilusión de su familia y la esperanza de su estirpe; y en Europa, la primera vez, calavera, disipado, orgiástico, disoluto, superficial; hiriendo ocultamente, por amoríos cortesanos, a un oficial de la Majestad Católica; fugándose de los Pirineos como un malhechor; buscando camorra a un petrimetre de París por la ignorancia de los *calembours* de un idioma que todavía no conoce sino el vocabulario de la galantería y los refranes de los salones; y la segunda vez, en el cuarto de Miranda, en Londres, grave, reposado, serio y severo, ocupándose de la más alta cuestión política y mundial de principios del último siglo; trayendo después, a los asuntos y a la guerra de la América, todos los vicios y todas las virtudes de su linaje, de su educación, de su concepto; y dejando para siempre —en la naturaleza social de un pueblo cuya existencia vuelca y revuelca con su espada de caudillo y con su cetro de dictador—, la impregnación imborrable de las condiciones y de los defectos que lo hicieron capaz para su obra, e incapaz para evitar el derrumbe y la catástrofe. El más alto hombre, el más fuerte producto de la naturaleza social venezolana, lo mismo cuando escribe a Manuelita Sanz cartas de amor como un muchachuelo atolondrado; lo mismo cuando desconcierta a la sociedad de Lima con sus campañas byronescas; que cuando aparece solemne y augusto en medio del silencio de los Congresos, y cuando abandona a la discreción de Sucre el último azar de la Independencia, que cuando se apresta para llevar su presencia turbadora a Cuba, Puerto Rico y a Filipinas.<sup>10</sup> Alto, magnífico e ignoto, aun en la tarde melancólica, cuando declina como un Véspero muriente, diciendo: "Mi época es de catástrofes: todo nace y muere a mi vista, como si fuese relámpago; todo no hace más que pasar, ¡y necio de mí si me lisonjease de quedar de pie firme, en medio de tales convulsiones, en medio de tantas ruinas, en medio del trastorno moral del Universo! No, no puede ser: ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme a ir a esconder mi cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio, antes de que el granizo de rayos que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mí uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada. Sería demencia de mi parte mirar la tempestad y no guarecerme de ella. Bonaparte, Castlereagh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Itúrbide, San Martín, O'Higgins, Riva-Agüero, y la Francia, en fin; todo cae derribado, o por la infamia, o por el infortunio, ¿y yo de pie? no puede ser: debo caer".<sup>11</sup>

## FORJA DE GRANDES

Decid. ¿No es cierto que podría explotarse excelsamente, en este punto, la historia nacional, para escribir a las generaciones que van a vivir un breviarío de patriotismo, de honor eminente, de gloria insospechable? Los pueblos que educan para la suma dignidad, ponen en manos de sus niños estos epítomes del decoro orgulloso. Permitid que os recuerde que en las más remotas aldeas del gran país de patriotismo que es la

---

<sup>9</sup> Id., 166

<sup>10</sup> Id., 107

<sup>11</sup> *Carta al General Santander*, Pativilca, 23 de enero de 1824

Francia, los futuros ciudadanos se nutren de relatos infantiles semejantes a los que de seguidas reinserto para ejemplos:

Cuando circuló en el Louvre la noticia del asesinato de Enrique IV, Sillery, Jeannin y Villeroi, los tres ministros ligados contra Sully, acudieron cerca de la reina. Ésta, al verlos, exclamó: "¡El rey ha muerto!" —*Os equivocáis, señora*, replicó Sillery, *¡en Francia, el rey no muere!*"<sup>12</sup>

El abate Maury, el defensor encarnizado y audaz de las instituciones del pasado, tenía, más que cualquiera otro hombre, la intrepidez de la lengua. Una de sus réplicas más felices fue la que dio a Regnault de Saint-Jean-d'Angely, cuando a éste ocurrió decirle: "¿Creéis que valéis mucho?". El sarcástico abate le contestó, mirándola: "*Muy poco cuando me considero, muy mucho cuando me comparo*".<sup>13</sup>

Aquel Enrique Le Rochejaquelein apenas contaba dieciséis años en la época de la Revolución. La Venda realista e indómita lo elige para acaudillar su primera insurrección; la mayor parte de aquellos bravos montañeses carecían de armas. El joven jefe realista no podía contar sino con el denuedo de sus diez mil vendeanos; en el momento en que por primera vez va a combatir, les dice, para enardecerlos: "No soy sino un niño, pero mi valor me hará digno de mandaros. Si *avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme*".<sup>14</sup> Por las cuales palabras, Trajano resucitaba en Venda, cuando el grande emperador, al entregar al pretor una espada, le dijo: "*Recibid esta espada y servíos de ella bajo mi reinado, o para defender en mí a un príncipe justo, o para castigar en mí a un tirano*".

Aquel intrépido Junot, nacido para ser compañero de Napoleón, siendo simple sargento en el sitio de Tolón, tocóle escribir una carta bajo el dictado de Bonaparte, su jefe de batallón. Apenas había concluido, cuando una bala de cañón la cubrió de tierra. "Bien, dijo Junot sin pestañear, ya no necesitaremos arenilla." Desde ese día, el joven jefe y el joven soldado se comprendieron. Fue ese Junot quien, creado Duque de Abrantes, nacido en la clase media, contestó a los que le hablaban de las prevenciones de la antigua nobleza de Francia: "*La única diferencia que existe entre ellos y yo, es que ellos son descendientes y yo soy antepasado*".<sup>15</sup>

Y cuando esos niños se tornan ciudadanos, en las horas en que el hombre está solo consigo mismo frente al silencio, esas palabras tararean espontáneamente en sus memorias, a compás de los versos enardecientes que también de niños aprendieron, como el de *Polifonte*, de Voltaire:

Quien sirve bien a su país, no necesita de antepasados.

## LOS LIBERTADORES

Hay densa substancia de este altísimo orgullo sagrado, en la historia de Venezuela.

Pensad en Sucre, el gran Mariscal. Desde el comienzo de aquella admirable campaña de los Andes peruanos, que Bolívar llamó divina, "el general Sucre tenía órdenes positivas de su gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; ésta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con una suma repugnancia, y sólo por complacer a

---

<sup>12</sup> CHARLES ROZAN, *Petites ignorances historiques et littéraires*, pág. 77.

<sup>13</sup> Id., 185

<sup>14</sup> Id., 414

<sup>15</sup> Id., 584

las autoridades peruanas; pero bien resuelto a no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fue su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias".<sup>16</sup>

Ese comportamiento dio motivo a que Riva-Agüero lo calumniase atrozmente: lo supusiese agente de la ambición del Libertador y ocasionase que lo presentara el Secretario de la Guerra, ante los pueblos de Colombia, como un jefe nulo e incapaz, en la relación o memoria de su despacho. El General Sucre contesta, como sólo sabía hacerlo, con una dignidad infinita y con la suprema autoridad, el Gran Mariscal de Ayacucho: "He dicho a Ud., le escribe a Bolívar, cuánto esta relación, tomada en su verdadero sentido, hacía un ultraje a mi conducta militar y me echaba fuera del servicio activo, hasta vindicarme ante mis paisanos.

"Forzado, entre tanto, en la dura alternativa de seguir los consejos de mi honor, he sido arrastrado maquinalmente sin resolver nada por mi razón, prefiriendo el triste papel de la nulidad en que estoy, a tomar ninguna representación conservándola manchada. A no ser por Ud. personalmente, yo hubiera pensado arrostrar todo lo que se quisiera disponer de mí, más bien que ponerme al frente de los colombianos como un militar insultado tranquilamente. Pero es preciso hacer justicia, y me prometo recibirla de Ud. Si yo tomara un servicio activo, dirigiendo soldados que siempre han merecido la victoria, y llevando a la vez el bochorno que tengo, mis compatriotas y Ud. mismo me considerarían como un general dispuesto a sufrir todo por conservar su uniforme y su empleo; y yo confieso que no mandaré con confianza estas tropas, que habiendo notado mi vergüenza, deben esperar mi vindicación...

"Mi corazón lucha ahora mismo entre mi obediencia, entre la gratitud a las distinciones con que Ud. me ha honrado, y entre el justo amor a la estimación de mis paisanos: en tal conflicto, mi General, me aventuro a implorar de Ud. que me permita continuar acompañándolo en mi estado pasivo y batiéndome como un soldado en cualquiera ocasión en que se comprometan nuestras armas, mientras Ud. me concede la oportunidad de presentarme al Gobierno de Colombia, para justificarme."<sup>17</sup>

Bolívar conocía la inmensidad de la egregia delicadeza de Sucre. Le dio satisfacciones, que si bien confundieron en gratitud al Mariscal, no fue en tanto grado como para que dejase de ratificarse: "Por mostrar mi gratitud a usted haré siempre cualquier sacrificio; pero estoy determinado a poner término a mi carrera, por no sufrir jamás otro bochorno".<sup>18</sup>

Yo no me fatigo contemplando esta excelsa figura del hombre de Pichincha. Un día, él aboga noblemente —única vez—, por un deudo suyo: Bolívar rehúsa complacerlo: Sucre vuelve dignísimamente por los fueros que le son debidos: "Si mal no me acuerdo, le replica al Libertador, creo que jamás he molestado a usted por empleos para mi familia... En cuanto a mí, permita usted decirle que jamás lo he molestado, ni para contentarme, ni para meterme en el buen camino..."<sup>19</sup>

Otro día le calumnian con respecto a su comportamiento con el General Santander. "Mi conducta es clara como la luz, contesta el Mariscal, y mi alma está formada por mis principios, y éstos por mi educación. *No ha sido necesaria la revolución para sacarme del lodo ni mi carrera está formada por intrigas ni por circunstancias sino por servicios positivos, y por una conducta que, con la cabeza erguida, sostengo que es intachable.*"<sup>20</sup>

---

<sup>16</sup> *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*, escrito por le Libertador, Lima, 1825

<sup>17</sup> *Carta a Bolívar*, Marca, a 20 de noviembre de 1823

<sup>18</sup> Id., Huraz, 30 de noviembre de 1823

<sup>19</sup> Id., Quito, 7 de octubre de 1929

<sup>20</sup> Id., Quito, 20 de octubre de 1828

Otro día, el General Flores, y los propios compañeros de armas del Mariscal, que gobiernan en Quito, imponen una contribución, ausente el General Sucre, a su esposa, la marquesa de Solanda. Cuando llega a la capital el que viene de triunfar en Ayacucho y de fundar una nueva Nación, protesta fieramente: "Yo pensaba y pienso que mis propiedades no están al nivel de las de cualquier otro ciudadano. Consagrado desde los quince años al servicio de la Patria, y habiendo por fin quedado medio inválido, sin otro medio seguro de subsistir que la merced de mi mujer, parecía indudable que yo debía contar con que los medios de ésta para mantenerme, serían sagrados a la vista del Gobierno, de sus funcionarios, y más y más, y más a la de mis compañeros que ejercen el poder. Mucho se corrobora esta aserción, si se atiende que, cediendo yo mis sueldos, concurre más que nadie en el Sur a los gastos públicos; y que ni el más rico propietario, ni la persona más elevada en este país, dan tanto como yo para el sostén del ejército... Se falta a toda consideración a mi mujer estando yo ausente, en momentos en que su situación clamaba por respeto y atenciones aun de los más indiferentes, por sostener, con los deberes de mi puesto, *el honor de Colombia, la reputación de sus armas, y las glorias del Libertador*. Ningún colombiano se ha hallado en el caso de probar su patriotismo como yo lo he hecho y como yo lo he probado. No he protestado por temor de perder bienes de fortuna, que se obtienen y se pierden, sino por reclamar consideraciones que merezco, y que, *con sólo la excepción del Libertador, merezco justamente como el que más de los colombianos*"<sup>21</sup>

Pensad en Urdaneta. ¿Hay alguien más ilustre que él en la historia de Colombia? Desde el año diez, su alta y apuesta figura de estratega pasa majestuosamente a lo largo de los más aguerridos ejércitos de la América combatiente. Él tuvo la astucia de Arismendi, el ímpetu de Bermúdez, la gallardía de Marino, de Monagas el valor, la bizarría de Montilla, la bravura de Páez, la constancia de Salom, la cultura de Santander, la discreción de Soublette, y la osadía de Valdez: Bolívar, compendiándolos a todos en él, le dio el calificativo de *brillante*<sup>22</sup> Veinte batallas campales coronan sus sienes con vibrantes laureles; nueve plazas sitiadas le contemplan invulnerable, dentro o fuera de sus recintos, al pie de muros que humean metralla; pero Valencia es su Numancia, defendiéndola, según la orden del Libertador, "hasta vencer o morir"; se sienta en congresos admirables, con un decoro tan elevado y con una tan ilustrada conciencia de conscripto, que está en ellos a la altura de las prerrogativas de Roscio y de Peñalver; y, muerto Sucre antes de una elección indisputable, es para él, primero entre los libertadores supervivientes, el sitial eminente de la Presidencia de la Gran Colombia, huérfano del Libertador.

Uno de vosotros ha dicho de él, hermosamente: "Urdaneta es el atleta de bronce de Corinto, fundido en el molde de los héroes antiguos. Dicen que cuando Mummius quemó a Corinto, se fundieron al calor del fuego el oro, la plata y el bronce, y corrieron líquidos por las calles y plazas: de esa amalgama se formó el bronce de Corinto que sirvió para las estatuas de los dioses superiores. La Providencia fundió el talento militar, el valor y las virtudes cívicas, y formó esa efigie moral que se destaca entre arcos de luz en los horizontes de Colombia".<sup>23</sup>

Pensad en ese perínclito cuando comienza la gran guerra. Las mezquinas emulaciones de Castillo en la Nueva Granada, arrastrando detrás de sí a todos los envidiosos y a todos los cobardes, ponen en inminente riesgo de fracaso la primera expedición libertadora de Venezuela. En momentos en que el miedo y la ruindad aclaran sus escuetas filas, Urdaneta escribe a Bolívar esta esquila inmortal: *General, si*

---

<sup>21</sup> Al General Juan José Flores, Quito, a 27 de octubre de 1821

<sup>22</sup> Dic. Biogr. De Scarpetta y Vergara.

<sup>23</sup> L. Villanueva, párrafo de la *Meseniana al General José Laurencio Silva*, marzo de 1873

*con dos hombres basta para emancipar la Patria, pronto estoy a acompañar a Ud.*<sup>24</sup>

Pensad en Salom. "Su vida, repito ahora, está total y uniformemente plena de una enseñanza heroica de hombre, de ciudadano y de soldado... Jamás una queja en los labios de aquel decano de la guerra; jamás una observación en el servicio de aquel perpetuo conscripto, bajo la enseñanza de jefes inquietantes como el vencedor en San Félix, o de terribles jefes como el adversario de Cerveris... Ese hombre posee en su legajo de credenciales las letras expedidas por Mac Gregor en Barcelona, en setiembre del año 16, confiriéndole la medalla del valor y de la constancia, "por la marcha intrépida y gloriosa verificada por entre los enemigos, desde la costa de Ocumare hasta las llanuras del Orinoco, y el escudo orlado de palmas y laureles, con la enseña: *Vencedor en el Alacrán*, monumento inmortal de su heroico valor"; ese hombre ha combatido desde Caracas hasta Bogotá, de Bogotá hasta Quito, de Quito hasta Lima, y, dos años después de Ayacucho, cuando ya todos los Libertadores toman descanso — tendidos sobre gavillas de laureles, bajo frondas de encinares—, arrulla él todavía su siesta de leones, con el remoto tronar de sus metralas infatigables, fervorizando el oleaje del mar Pacífico; y es el último que enfunda su espada, sobre las ruinas humeantes del Callao, vencido... Un día de noviembre del año 25, sabe el Libertador que, el 7 de agosto, Salom ha reunido a todos los oficiales que bajo sus órdenes asedian las fortalezas y los ha convidado para que lo acompañen a celebrar, bajo los fuegos enemigos, los días de Boyacá y de Junín. Bolívar le escribe aquella carta que contiene esta congratulación: "¡Dichoso vos, General, que habéis presidido un festín digno de los campos Troyanos!"<sup>25</sup>

Pensad en Heres. Yo he dicho casi toda la vida de ese dálmata, de ese ligio de la Independencia, por cuyas venas discurría un chorro fervoroso de sangre celtíbera, densa y mordente; porque casi toda su vida es un incesante ejercicio de energía, de formalidad, de inmanencia... No tiene, por supuesto, la altura incomparable y pulquérrima de Urdaneta, ni la inteligencia reposada y sobria de Briceño Méndez, ni la gentil gallardía de O'Leary, ni la silenciosa lealtad inviolable de José Gabriel Pérez. Pero tiene tanta pasión como Bolívar mismo, tanto esmero como Sucre; tan valeroso como el que más, enérgico como pocos, más vehemente que todos. Y una noción eximia, exquisita, cuidadosa, del deber, virtud de su propia naturaleza y primordial enseñanza de sus primeros recios profesores, los españoles de aquel tiempo.<sup>26</sup> En la misma oportunidad lo he presentado llegando a Lima, a la cabeza de *Numancia*. "Una atmósfera de aparente cariño rodea a los colombianos: desde el Gobierno al último pueblo, una sola expresión de fraternidad saluda a los gallardos y petulantes oficiales del Orinoco, del Magdalena y del Guayas. Sólo Heres va de su oficina del Estado Mayor a los despachos del Gobierno, hosco y adusto. Sólo Sucre, atraviesa severo, silencioso e impenetrable aquellas calles, junto con las de Caracas, las más risueñas de la América, con la luz de los ojos de sus mujeres, y con la sonrisa de las miradas de su cielo. Los hombres y las mujeres miran con sorpresa y desazón al antiguo jefe de las avanzadas de Valdez; los hombres y las mujeres miran con respeto y con interés al jefe adolescente de los tercios, de Colombia."

## LA PATRIA Y LA GLORIA

Pensad en todos los perínclitos y en todos los ilustres que bullen en el cuadro glorioso de nuestro Estado Mayor Libertador. Ellos son los arquitectos de nuestra gloria

<sup>24</sup> *Memorias del General O'Leary*, Campaña de 1813

<sup>25</sup> Plata, 11 de noviembre de 1825

<sup>26</sup> *El Visir de los Libertadores*.

y los creadores de nuestra patria. Enseñemos a nuestras generaciones patria y gloria. En ésta se aprende aquélla. Eduquemos en el espíritu de nuestros conciudadanos esa exquisita sensibilidad que según Maurice Barres, hace que "nada se parezca más a las emociones del amor, que la emulación de los que saben sentir los prestigios de la superioridad". El maestro invoca el testimonio de los que aman: "Mirad las ardientes y circuidas de negro, corazones tumultuosos de veinte años, que soñáis poetas ilustres, capitanes, amantes y aventureros señalados por la gloria, me sois testigos de que ella es *lo que no muere*. Cuando yo tenía diecinueve años y vi al gran Víctor Hugo todo trémulo de ancianidad, deseé tener sus ochenta años, y gustosamente, para vivir sus breves últimas horas de gloria, habría dado yo los anchos horizontes abiertos delante de mí..."<sup>27</sup>

Hagamos en nuestras generaciones el amor de nuestra gloria, para que ésta engendre el amor de nuestra patria y aprendan a medir la infinita distancia moral que separa a la *patria* del *país*. Éste, productor de bienes materiales, "de todo cuanto hace la vida cómoda; aquélla, madre de las abnegaciones y de los heroísmos, de todo cuanto hace la vida noble".<sup>28</sup>

## CONCLUSIÓN

Si no os sentís abrumados por esta densa provisión de gloria que dentro de nosotros mismos traemos en la sangre de nuestros abuelos, estaréis, sin duda, fatigados por este largo ejercicio de tribuna. Debo concluir.

*Señores académicos:*

Permitid que os exprese mi reconocimiento con las palabras que sirvieron a M. Paul Deschaner para saludar a M. Ribot, en su recepción en la Academia francesa:

Un filósofo escéptico, hablando de los estadistas y de los oradores en la Academia, decía: "Es bien que haya en alguna parte un sitio tranquilo, en donde los hombres que se han distinguido, bajo colores diversos, en servicio de su país, puedan venir a olvidar en la comunión del estudio sus fatigas y sus luchas."

Y se complacía en representarse a esos oradores, sosegados; a esos diplomáticos, de vuelta de sus viajes; a esos políticos, exentos de sus ilusiones, cambiando, como las sombras que, en los diálogos de Fenelón, conversaban suavemente sobre los céspedes del Elíseo."<sup>29</sup>

Tampoco vuestra Asamblea cede en nada, ni por el talento, ni por la alteza, ni por la gloria, a los más ilustres que rememora la historia de la República.

---

<sup>27</sup> *Les Annales politiques et littéraires, Sur la gloire*, 19 de noviembre de 1905

<sup>28</sup> Id., FRANCISQUE SARCY, *Le pays et la patrie*

<sup>29</sup> Id., *Académie française*, 23 décembre 1908